

# RETRATOS DEL SEPTENTRIÓN

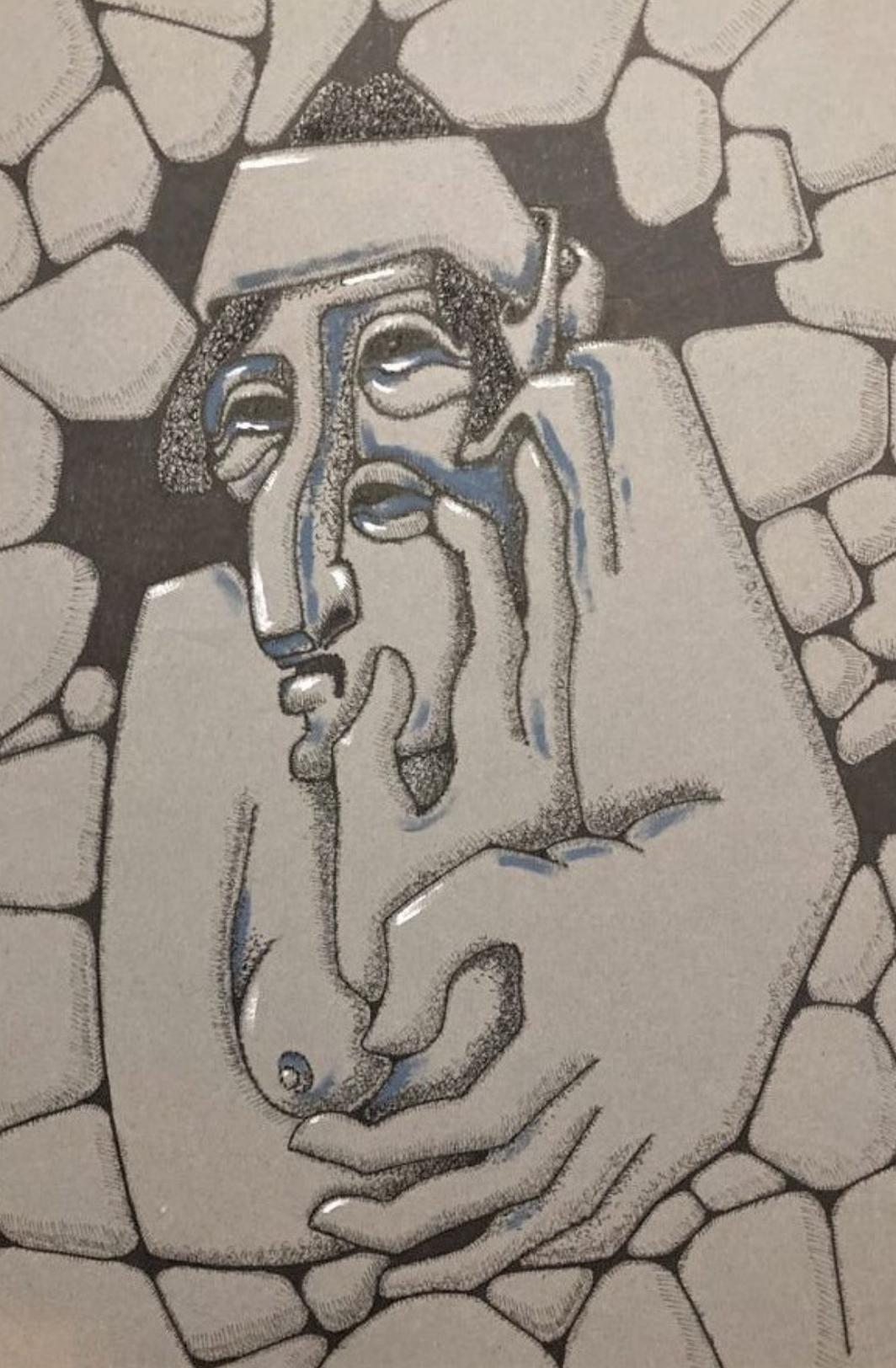
RENÉE NEVÁREZ

PROGRAMA  
EDITORIAL  
CHIHUAHUA



2022







# Retratos del Septentrión

RENÉE NEVÁREZ





**Marco Antonio Bonilla Mendoza**

Presidente Municipal de Chihuahua

**María Fernanda Bencomo Arvizo**

Directora del Instituto de Cultura del Municipio

---

Vocales Editorialistas

**Gustavo Macedo Pérez**

**Victoria María Montemayor Galicia**

**Arturo Loera Acosta**

**Luis Fernando Rangel**

**Nidia Paola Juárez Méndez**

---

**Ramón Alejandro Carrillo Mercado**

Programa Editorial y Fomento a la Lectura

**www.lacreatura.mx**

Diseño y maquetación

**Tzeitel Velo**

Corrección de estilo

**José Lucero**

Arte de portada

Avenida Juárez y calle Sexta,  
#601, C.P. 31000, colonia centro.  
ISBN en trámite



*e*

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022-2023

Chihuahua es capital de jóvenes escritores, mujeres y hombres que han encontrado en la palabra una herramienta para construir nuevas realidades, más humanas, más habitables.

El Programa Editorial de Chihuahua (PECH), que el Gobierno Municipal despliega a través de su Instituto de Cultura (ICM), representa una plataforma sólida para las nuevas generaciones de ensayistas, dramaturgos, novelistas, cronistas, cuentistas y poetas.

PECH es semillero de las letras en Chihuahua capital; a través de este programa, nuestra ciudad se adentra en el territorio de escritores emergentes y con trayectoria.

Para toda mujer u hombre que se dedica a la literatura, la oportunidad de ser publicado representa el despunte de su mayor pasión, una que, a su vez, llevará a los amantes de la lectura en la conquista de mundos mejores.

El Gobierno Municipal cumple, y prueba de ello es nuestro programa editorial que, desde su creación hasta esta edición, alcanza las 47 obras publicadas dentro de sus tres colecciones: Soltar las Amarras, Escritores con Trayectoria e Historias de mi ciudad.

Así, a través de la palabra escrita, de la literatura, de ideas frescas y escenas imaginarias de nuestra cotidianidad, hacemos de Chihuahua capital un municipio de escritores, jóvenes mujeres y hombres que con su intelecto y disciplina hacen de Chihuahua, la capital que da norte a México.

---

**Lic. Marco Antonio Bonilla Mendoza**

Presidente Municipal de Chihuahua

No todas las personas que empuñan un bolígrafo o se inclinan sobre el teclado quieren desplegar un universo de ficción, pero todos pretenden ejercer idéntica maravilla: la transmisión del pensamiento.

**(Millán J. A. en Gómez Font et al.,2015, p.5)**

**E**l pensamiento crítico es clave para el desarrollo integral del humano, y no hay mejor forma de desarrollarlo que mediante la escritura. Podría decirse que redactar es una herramienta para comunicarse, pero esta definición no le hace justicia a la maravilla de la escritura hecha literatura, donde aquel que porta la pluma entra a una realidad del pensamiento y articula ideas, vivencias y sueños al nivel de la conciencia para poder ser entendido por un afortunado lector. En el Programa Editorial se tiene como principal objetivo no solo publicar, sino ampliar el alcance de esas historias, historias que nacieron entre nosotros y deberíamos sentirnos orgullosos de tener en nuestras manos.

Entre cuentos, poemas y ensayos se da a conocer la esencia del escritor chihuahuense. Me es muy grato presentar a los autores que en esta edición publican su obra, algunos ya conocidos, otros emergiendo con su primera publicación, pero todas y todos ahora formando parte del acervo literario cultural chihuahuense. Enhorabuena.

---

**María Fernanda Bencomo Arvizo**

Directora del Instituto de Cultura de Municipio



# Retratos del Septentrión

RENÉE NEVÁREZ

A Io Maura

A Alfredo NC y María Cruz

Gracias a mis hermanos Alfredo NR, Caty, Martina,  
Coqui y Liliana, cuyo amor no solo me ha salvado la  
vida, sino que me sostiene en pie cada día.

Corre la lumbre del Septentrión por las venas  
de nuestras almas arenardidas.

# Introducción

## **Ama tu tierra**

Ama las cumbres y los valles de tu tierra, su cielo calvo y lustroso, un cielo de fuego vivo sobre las pequeñas espaldas de los hombres que lo sobreviven, a quienes delega su fuerza este sol, el ímpetu de una templanza de acero para bien y para mal, que algunas, pocas veces, engendra hombres violentos (pero faltos de bravura) y a veces, muchas veces, gente que despunta con el amanecer en busca de la dignidad de los días.

Esa gente, que despierta a pie con el sol a cuestras, recorre las calles de la ciudad con la primera luz que se posa sobre las cúpulas de sus iglesias, sobre las bardas que florecen de buganvillas y sobre los viejos escombros que cubren su risa desdentada con ramas y grafitis.

Ama tu pueblo hecho de tres pueblos y tres lenguas, que son, en el último de sus extremos, una sola voz; ama sus equivalencias, ellas serán tu referente a los ojos del mundo.

Ama las calles de tu tierra, el humo del trajín pintado en ellas, la profusión caótica de su comercio que llena, se derrama y retumba en la estridencia. Es esa gente temprana, en cuyas palmas también nos sustentamos, la misma gente que abre el día con su afán y lo tiende por todas las esquinas: tu gente, tu raíz.

Ama tu río venido a menos, que se agita rebosado en las tardes de tormenta, cuando de una sola vez se desploma el cielo. Nos libra del infierno de agosto y nos hunde en sus aguas, que derriban torres. Ama el arrebató, la rotundidad de la vida que representa el clima de esta tierra, tan cambiante y borrascoso como tu propia reciedumbre.

Tu espíritu está sembrado del paisaje de la Sierra Madre,

donde el águila del abismo trama su reino y se hunden en un hilo imperceptible los ríos en la hondonada de los barrancos. Tu espíritu está revestido de arenas, de lumbre en el suelo y en el cielo, de tardes encendidas y noches de sed y sal.

Ama la historia de tu pueblo, que es también tu historia, el alma de los ancestros que cultivaron la tierra donde pisas, estos, que duermen bajo las calles, al fondo, en las aperturas y los ensanches de tu ciudad.

Estás colmado a los cuatro vientos de voces y pasos que te hablan y te escoltan a donde vayas; eres las paredes humeadas de tu catedral, la historia que cuenta el muro de tu centro histórico, los ejércitos en pie de lucha, la celda de los guerreros caídos y la cruz de las iglesias donde fueron enterrados.

# Preludio

## **Como en un retrato inmemorial**

donde brillan los surcos en la piel de un venerable rarámuri  
que contempla el cielo enardecido

(la imagen que el tiempo ha lacrado en sepia  
después de haber sido el oro mismo)

se yergue estriado el espíritu del Septentrión  
sobre la tierra dormida en el bajamar de las arenas.

Respira a plenitud el aire del poniente  
por sus alvéolos de pinos y eucaliptos  
por sus moreras, lilas y magnolios  
como niños que no saben crecer, ciegos de sed.

Se abren por las entretelas de su zona silenciosa  
nopaleras violetas, saguaros, dimensiones perdidas  
retazos de plomo, zinc y rocas ígneas  
ojos de cobre, colosos de cuarzo  
venas de azufre y pencas atormentadas  
y atraviesa Las Cuevas de Naica, sus entrañas prodigiosas  
rumbo al arcano de Paquimé  
ciudad de adobe ovalado  
canales como venas de su cuerpo laberíntico.

# **Invierno en la serranía**

**No ha quedado viva una hoja siquiera**  
un pétalo.

El frío ha extinguido cualquier yema fecunda.  
La tierra invernal del Septentrión se abre en escamas  
y su carne acoge las raicillas  
que destejen sus venas en la oscuridad de la entraña  
y beben y se tocan con los hilos imposibles de sus pies.

Al otro extremo del río  
las casas  
    se desbordan  
        suspendidas  
            en  
            el  
            des  
            plo  
            me  
sobre un canal que arrastra el agua fantasmal.

Crecen sauces y girasoles sedientos, pálidos  
y habita una presencia allí de ánimas mudas.  
Las bardas molachas lloran la ausencia de trepadoras  
y las casitas se aglutinan  
mal parchadas en sus remiendos por los balcones  
transformados en el afanoso ingenio de la pobreza.  
La inmanencia de la vida se propaga firme en el milagro  
    rigurosa como sus propias urgencias  
    e insolente de prodigios.

**El llanto sin lágrimas del silencio bordea  
la frente de las montañas.**

La india asoma por una maltrecha puerta de madera sembrada de ojivas  
y la cabaña, dispuesta en un tejido de vigas entrelazadas  
por las esquinas

se yergue en mitad de la sierra con un aliento de humareda.

Adentro, la india atiza la flama y se postra  
da vuelta a la cara de las tortillas y frota la masa  
empuñando el mango del metate.

Su cabello grueso y oscuro se mece al ritmo de la espalda arqueada sobre  
la piedra

el cobre de su piel esplende frente al destello de las llamas  
y cientos de lenguas coloradas y azules se agitan por debajo del comal.

La india empapa la masa del nixtamal, sacudiendo sus dedos  
lo acuña en blandos testales, lo palmea y lo tiende sobre el hierro  
encendido.

Al fondo, el bebé tehueque, mejillas de manzanas astilladas, la mira  
desde el camastro.

Sus manos redondas y morenas juegan con una mazorca sin dientes  
los ojos, cristales de mansa oscuridad, brillan con luz de lumbre.

Ellos

el crepitar de la hoguera, las paredes de pino hostigadas por el azote del  
vendaval

solo ellos dos

la hojarasca soliviantada en girones por la cuesta y el viento embravecido  
ellos dos solos.

### **El cielo nublado se tiende sobre los montes**

que asoman al desmayo del precipicio bajo el roce del nuberal.  
Una ráfaga de viento estalla contra el peñón  
y las uñas de los árboles, como garras de su osamenta  
se inclinan bajo la tarde.

La espalda del bosque se aprieta a ojos cerrados para resistir  
como un niño tiritante que se dobla en el regazo de la madre.

Los tentáculos del ventarrón aúllan desde lo alto  
persiguiendo la huella de la pena sin hallar ni rastro  
y en el fondo, en la hendidura de los barrancos  
anida una fría solemnidad, arcano del paraíso.

## **Sorprendido por la noche**

El indio azuza la hoguera triquitante y acerca las manos.  
Sobre su cabeza, atada con un paliacate de rojos protozoarios  
tiembla el esqueleto de la enramada gemebunda.

Mientras tanto, la penumbra se adentra en el hocico de las barrancas  
que desde el fondo se lamentan con una voz de mujer

y se abren y se cierran  
las estrellas  
a lo lejos  
co mo un  
la ti  
do.

A los pies del árbol, el indio se hace ovillo en la cáscara de su cobija.

No tiembla ni piensa ni teme

espera al sueño

cuando llegue, se tumbará sobre la tierra

y dormirá con las estrellas frías del monte a sus espaldas.

## **Resuella el vendaval**

y la paciencia del indio le da cabida y tiempo le da  
que brame, que sepa dónde hallarlo.

El indio se aplaca en su fatiga  
los dedos secos, rayas y grietas  
los ásperos pies sin frío  
los surcos de la piel, de la mirada  
cavernas de sinuosas hendeduras.

Sumido en el ensueño del fuego  
yace el indio frente a la hoguera  
bajo la danza enloquecida de la borrasca.

Siente el chiflón en pena  
el sollozo del peñón a oscuras  
la boca aterrada del voladero

y siente el aliento de **La** sierra que a sí misma se contemp**La**  
como una bárbara mujer frente al espejo  
que duerme en una larga sobriedad sin dios y sin infierno.

## **La nieve cae sobre los bosques**

como un pájaro que anida al cobijo de las ramas  
y la furia del viento embiste contra las falanges de los árboles  
con un soplo que hiere las costillas de los pinos  
tiesos en la paz del hielo.

El paisaje huele a humedad que abraza la memoria de las piedras  
huele a rudeza dormida y a plegaria  
y al fondo de las matas se escuchan los pasos invisibles  
en los picos de la hierba.

Qué mansa claridad, su paz y su inclemencia  
qué soledad de lajas y cañadas  
una esfera de hastío solemne y exquisito.

### **Sentadas a la orilla del barranco**

florece las graves indias al pie de la estación.

Ofrecen, mientras no miran escrupulosamente a los ojos del gentío curiosas vasijas de barro y cestitas de palma.

Plantadas en la tierra, sobre sus capas de faldas infinitas se multiplican.

Algunas se sientan, enaguas en flor, a mitad del tendido  
como si brotaran de la tierra

otras palmean la masa y la estiran sobre el comal  
otras apilan yerbas en montículos de hojitas quebradizas,  
perfumadas.

El látigo frío del descampado atraviesa sus cabellos  
y golpea contra sus pómulos

montañas indígenas de soles bárbaros  
cuarteadas por el soplo de la serranía.

El tehueque, inmóvil, atado a su espalda  
se hunde en el sueño de la fatiga

cabecita lacia

y se vuelve imperceptible para madre india  
que se empeña, habilidosa, en pequeños menesteres  
como un colibrí.

**Los turistas admiran su templo**, el caleidoscopio de su  
indumentaria y ellas ignoran su asombro para escudriñarlos por el  
rabillo del ojo cuando se alejan compadecidas de su simplicidad  
el insípido candor.

Tampoco se miran entre ellas  
ni hablan                      ni se hablan  
midiendo                      distancias.  
Son iguales                      pero ajenas  
todas juntas                      la misma.  
Orgullo                      flor del voladero  
espíritu del cóndor      rey de la escarpa  
y sobria                      imponente majestad  
de la piedra exaltada en el abismo.

# Ciudad del vendaval

**Se deja enterregar la ciudad, vencida**

nosotros    difusos, como ella

nos dejamos cubrir también

    luego somos arrastrados a los pozos

    que secan los vendavales

cada uno en su talega del polvo

en la erupción de su sed inmarchitable

sed de sombras y silencios de manantial

ansiedad de viento verde.

## **La fuerza del viento**

nos arroja a un lugar  
borrosoturno del alma  
lejos y solos de nosotros  
seres del terregal  
presas del enjambre  
que zumba en la boca  
de la noche elefantásea  
violentados cada vez  
eternamente ya  
de tolvaderas.

## **Idénticos**

a la opacidad de las cosas

que arrollan las arenas

somos lanzados a los cauces

que secan los torbellinos

    cada uno en su polvedad

    cada cual en la resaca de su sed

    que resiste en el destello

    de las esperanzas.

## **La esperanza**

esto obligado, la rendición  
el campo de batalla de pronto cubierto de flores  
que disimulan la sangre de los muertos  
y nos arrojan a su nonada feliz.

Con ellas caminamos de puntitas sobre el abismo  
a sabiendas de que no nos brotarán las alas.

Pendemos de ellas, la tutela irreflexiva  
con el hambre de un amor soluble  
y esperamos hombro con hombro en las arenas.  
Ingenuos, como pájaros recién nacidos:  
los ojos lívidos, las manos en cuencos  
y un nido en la agonía de la demora.

Las esperanzas, tul de lentejuelas  
que cubre la roña de las piedras  
entre los escombros...

.

## **La luz se arrastra por las paredes**

y transita por los patios de la tarde  
jineteada a pelo por el viento.

Su sombra, fatigada por los embates  
se extingue con la espalda desnuda  
y se desliza luego, moribunda  
igual que una culebra  
que amenaza con sus fauces  
al humo de la muerte.

**Los jardines cabizbajos languidecen bajo el azote del vendaval**

y se perfilan los cadáveres en fila de los árboles caídos  
su perfume de los bosques y la espuma de sus hojas  
que anunciaban las olas de un mar inexistente.

Morimos de tiricia en carne viva  
cuando los *ayes* del viento nos escupen  
nos arrojan del alma contra los muros y nos tienden al sol y nos vacían.  
Y aparecemos desnudos, aningunados  
el alma  
por todas  
partes  
hartos de nuestra sequedad.

# **Una raza indestructible**

## **Introducción**

I

Calles de la memoria ingrata  
encendidas en el lustre del amanecer  
que ilumina el hollín de los tiempos  
sobre los pilares de cantera barroca  
que a manera de columnas contrafuertes  
sostienen torres y cúpulas  
donde habitan las palomas de tu catedral.

Calles de esqueletos señoriales  
ávidas calles de músicos itinerantes  
de poetas por las calles  
y esculturas con alas para la posteridad;  
calles que fueron cementerios  
y terminaron abrazadas a la vida  
redimidas en la misa de los fieles  
en un bullir de niños  
que serpentean por el kiosco  
y en la quietud de los abuelos  
sentados bajo el sol que duerme  
en lo alto del campanario.

## II

Se adivina la marcha subrepticia  
de unos pasos en tropel que cruzan  
por la boca abierta de los zaguanes  
camino al claustro y los murales de tu palacio;  
son los espíritus peregrinos  
que guardan la leyenda de tu estirpe  
y atraviesan la prisión  
de Allendes y de Hidalgos  
los peregrinos, que al redoblar de la escolta  
irán a dar al eterno patio de su muerte.

### III

Estas calles estoicas, las calles nuestras  
hoy esperanza de la paz entre los hombres  
son, tal vez, la causa ganada en realidad...  
o al menos una de las causas.

**El filo de la asfixia arrancará nuestros huesos lacios**

y nos tenderá vivos y secos sobre los riscos.

Un día nos crecerán muñones de fuego en las espaldas  
hijos de la lumbre infernaria de un Septentrión en llamas  
y desde el corazón abrasado surgirán volcanes  
y arrasará una lava por los caminos  
y seremos los hijos arenardidos, como gatuños incandescentes  
que ruedan vivos por el dunar con el sol a cuestras y adentro.

**Las huellas se bifurcan sobre el asfalto**

y las paredes del tiempo, a dentelladas  
se arrodillan sobre las calles casi muertas  
en la parte atormentada de la ciudad  
por los caminos de hormigón al rojo vivo.

La luz, como un reguero de brasas  
hiende el horizonte y lo enardece hasta combustirlo;  
ella le cabe íntegra al Septentrión  
en su pecho dorado de arenales  
con un bullicio de gigante iluminado.

La ciudad se deja envolver bajo el aura del poniente  
que destila sus oros sobre las formas  
en un trasegar por las escarpas de la tierra.  
Ciudades del Septentrión.

## **Diviso la ciudad desde la cumbre**

hermosa de una sola vez.

Hierve en su salsa de metrópoli, de lomo a la ignición  
los ojos secos de fuego vivo por las ventanas del caserío  
por el relumbro de los cristales y las ojivas de las iglesias.

Nosotros somos así, como la flama, cuchillos incendiarios.

Aquí la sombra verde y segura

y el sol allá

intransitable.

¿Cómo respiramos cada día en la sofocación

llevando tanta ofensiva llama sobre las espaldas?

¿Cómo sobrevivimos a este fuego sin cuartel, a esta tormenta de  
lumbre?

¿Cómo ardemos como ardemos de odio y de sol, de llagas y pus  
del alma?

Y de violentarnos, temer y silenciarnos como nos silencian  
con el odio del mendigo que humilla como lo humillan.

Somos así, como el asfalto caliente, como el pico del medio día  
agostino

coléricos, inflamables, juegos de mortíferas pirotecnias invisibles en  
mitad de la noche

que, uno por uno, nos derriban.

Debemos ser una raza indestructible.

**Se arroja el sol a llamaradas contra el espinazo de la ciudad.**

La gente del páramo camina por las calles del infierno  
con los brazos y las mejillas en la sal de la flama.

Las paredes llenas de humo y los cauces sin aguas y sin brisa  
se cuecen, hartos de no rendirse.

Los árboles se yerguen en su sed y dan su sombra:  
moneditas de luz por el remiendo de las banquetas  
y se divisa calle abajo el espejismo que flota  
un sopor temblantino, el humo del vaho  
quietud incandescente, serenidad de la asfixia  
labios de blanca saliva, caldo de lumbre septentrional.



**Más tarde, las estrellas se desabotonan y tiritan desnudas**

pero la tarde aún se abraza a las cofias de las montañas  
deshojada como pétalos de lumbre.

Hay una engañosa alegría en el albor que se extingue  
y que ennoblece el caparazón oxidado de las calles.

Más hermosa es el aura cuanto más expira en llamas  
como sucede en la lucidez de la muerte.

Y parece que se ha limpiado la mugre del tumulto ciego  
que no hay mendigos en las puertas de los templos  
y que los payasos tragafuego han regresado a casa  
con los bolsillos llenos.

El fuego purificador.

La luna

**Desde la ventana se divisa la ciudad  
emblanquecida por la luna**

un enjambre de casas y edificios  
y al final, una arboleda casi indistinguible  
que el blanco transparente convierte en nido de espíritus.  
Cerramos los ojos para sentir el perfume del cempasúchil  
y sentimos el peso de las horas diurnas del Septentrión  
horas-lumbre sobre nuestras espaldas, que la luna riega de levedad.

**La luna fría del otoño brilla sobre las calles desnudas**

y la ciudad se vuelve inocente y mínima

sin pasos, sin humo ni prisas como la panza de una guitarra  
que duerme preñada de música.

El vaho de la vida repasada flota en la borrosidad mercurial  
cierra los párpados de las paredes

y oscurece el ojo cristalino de los escaparates.

Todo huele a soledad y sensatez.

## **La luna llena**

sobre los árboles de ramas atormentadas  
y un aroma a flores muertas  
a luna escurrida                    huele a distancia  
y la gente                            tras la ventana  
encogida bajo el peso del cielo  
echando la vista a lo alto  
palomas de la oscuridad  
se siente tal como se ve:  
cautivada en el prodigio.

# La breve lluvia

**Las montañas centinelas se coronan de nubes**

y el cielo cierra sus párpados y empolla un sol adormecido  
que recoge su melena tras el nuberal.

Las arterias mojadas de la metrópoli brillan con su luz  
del tráfico bajo la lluvia.

Parece que nos hemos ido a otra parte  
que fueran más blancas sus calles  
que no fuera cierta su parchedad  
ni más caóticas sus paredes, amadas a pesar de todo.

**Hemos visto aparecer un doble arcoíris sobre la ciudad,**  
sollozante todavía después de la lluvia.

Verlo, y verlo aquí, desfallecidos en el fuego que brota del hormigón, sobre las ruinas aún de pie y en pleno centro de la ciudad (como el cadáver del Cid, erguidas en su fachada, aunque estén muertas), es un milagro.

Hay una brisa que discurre por las avenidas y los angostillos, un hálito que viene de la lluvia caída ayer torrencialmente.

La brisa es una muchacha que vuela sobre el encono de las brasas. Los habitantes del desierto salimos a buscar de frente a la brisa, como los girasoles encuentran al sol, y no hay nada más dulce para nosotros.

**Hay una flor que despliega sus pétalos bajo la lluvia**

y un niño que corre y se cubre la cabeza con ambas manos.

Hay una mujer que despliega su paraguas y entorna los párpados  
y un hombre que la mira tras la ventana.

Hay un gato refugiado en el portal de los geranios  
una pareja a la que no le importa caminar bajo la lluvia  
y una hilera de macetas con penachos verdes.  
Y los sicomoros vierten sus hojas sobre el hormigón  
las bancas reposan al amparo de los parques  
y hay un soplo de paz mientras llovizna mansamente  
con aire de espuma.

## **El deslucido semblante de las piedras**

se deja lamer por las gotas sobre su panza  
y el cielo oscurece, afligido, traspone sus brazos  
y entrecierra el único, aéreo párpado.

Los habitantes del páramo vuelven sus ojos hacia los árboles  
y aspiran el perfume del sedimento.

En un  
derrame  
del patio

los niños, que son de la vida más que nadie  
celebran la lluvia con las palmas abiertas  
y catan con ellas el sabor de la inmensidad.

Son suyos los suaves girones de la brisa y el ritmo del nuberal  
suyas las sirenas ocultas al fondo del río, sapos y culebras  
y el bostezo del monte que transpira humedad de exultación.

## **El cactus estira sus raicillas, aspira del suelo**

y atesora el agua en la miel de sus tunas.

El cactus abre sus garras, el alma del espino en la pavura.

La tierra, que apenas lo sostiene en la telaraña de sus estrías, se reblandece

y el cactus muestra sus dientes, espaditas

la amenaza temeraria de pura, loca sencillez.

La primavera

## **El sol aparece pronto sobre la ciudad ensimismada**

el canto de los pájaros anega el cielo y abre su boca la sombra hasta que le cabe toda la luz.

Despierta la calle con los pasitos de una mujer que cruza con suave celeridad

y luego desaparece calle abajo, por los árboles que bordean la avenida que la encuentra.

Después, el eco del rumor citadino se aviva palmo a palmo y un sopor de principio pasa sus dedos por fachadas y jardines, borrando la memoria de lo sido.

Amanece sin recuerdos la luz, cuando las cosas y la gente somos una simple verdad

como es verdad la consciencia de la flor o del abismo sin remordimientos.

**Vuelven los pájaros del viaje del invierno,** todos juntos por las arboledas.

Revolotean exactos en el reparto de su acomodo y forman y deforman filas y figuras por el cielo.

Un niño los contempla mientras pasa, rápida y oscura, la bandada. Es la fuerza de la vida sustanciosa, la búsqueda de «Algo» en la natura: el complemento.

Se trata de eso el rebullir de las estaciones: perpetuarse y recomenzar, como la flor que empuja la carne de la tierra con la fuerza de nacer.

Nacer es una fuerza como el sol, que no se arredra.

**Campana tira de su badajo y resucita en el aire el júbilo de las palomas**, el olor a contento; sus motivos son tal vez fútiles, pero consigue espabilar a los girasoles y hace temblar suavemente el sueño de las aguas.

Ninguna sonrisa como su boca infinita, que abarca, cuando canta, el cielo sobre los caminos y las vértebras de la techumbre.

Campana reparte a todo viento el aroma auspicioso que emana de la tierra lamida y sabe a quién sabe qué dulzura.

La tarde, mientras tanto, parece un lienzo grana.

Mis amados

## **He aquí el aspecto rudo de mis amados**

hermosas criaturas sedientas  
el rostro surcado por el azote del viento  
pies de tierra flaca:  
mis amados, espaldas allagadardidas.

Son gente de viento férvido  
rabia de viejas melancolías  
seres que sobreviven al derretimiento  
d e l n i n g u n a r  
la poblada nonadinga, su voz del eco sin alma  
gente de flamas sobre la indefensión de su testa  
sobre los hombros insuficientes  
tremendos en su severidad de la entereza.

    Mi gente.

No hay tibieza para mis amados  
hay tormentas de lava  
y e s t a m o s a r d u a m e n t e s e p a r a d o s  
por la incandescencia  
y por esta nueva reserva de darnos lumbre de proximidad.

## Espaldas mojadas

### Los hombres que cruzan los bordes de su tierra

se acopian, se copian, idénticos en la coyotera y se miran sin identidad.

Quién sabe qué promesa es mejor después del río  
el mejor algocho futuro  
el flujo y reflujo del *otro lado*  
la sin voz ilícita, el desarraigo  
ajenos del mundo y de los hombres  
sin calles ni cielo, sin voz  
aislados en su dignidad y arrancados de raíz.

Lobos de manadas falsas  
Ícaros ciegos, Carontes mendigos  
pequeños Hades sin reinos y sin diosas  
cisnes de voces rotas en el fango  
sobre un estanque de barro y de niebla  
amarillo, triste, desecado cempasúchil.

**El anciano del crucero**, flaco todo el tiempo y la sonrisa despacha el periódico, alzándolo.

Ni el sol hiriente, nuestra indiferencia y nada parece apocarlo: sigue ahí, el raído sombrero de esparto, la camisa vaquera, el bulto de los huesos.

Es suya la maraña de la urbe, pero no la quiere  
para qué.

Mansamente delega su cielo y se adentra en su propia ausencia. Uno a uno, rodando ajenos y a pedazos, nosotros, viejos de otras cosas, no lo vemos.

Él, en cambio, sabe quiénes somos, eso que asoma detrás del cristal y apura el paso.

El mal prometido mundo no le mira, no alcanza ni raíz en la promesa.

El sol arroja sus llamas sobre las espaldas del viejo y pasamos por él, indiferentes en tropel  
solos de nosotros mismos.

**Más allá, los niños indios han aprendido a pedir en  
castellano como si rezaran**

pero nadie da, rápidamente nadie los mira y ellos siguen alegres  
sin pan y sin nada  
contentos de la ciudad ajena, que es toda suya en el largor y las  
anchuras  
de un estacionamiento de supermercado.

Están ahí, pero los niños indios son del viento, del arrojito abismario  
de las cascadas  
y de la verde pelusa de la yerba a orillas de los ojos de agua.

Son del pinole y el tesgüino, del pinar que se abraza al cielo  
son del ojo del precipicio, del silencio cayendo por la hondonada  
y de esas leves, graves mujeres, sentadas de rodillas junto al comal  
envueltas en el humo salado de carne de venado seca  
su lujo solitario.

**Los niños indios recuerdan sin nostalgia.**

Piden un refresco, una limosna, un trozo de pan  
pequeñas nada que nadie tiene nunca.

Corren y se persiguen igual que en su ladera  
las mejillas al rojo vivo

las manos secas y los pies descamados  
mientras tanto, nosotros nos sustraemos, el rebaño  
en esta apatía inaudita de la masa bien alimentada.

**Oh, niño rarámuri**

tus mejillas, la suave masa de tierra  
curtida por el sol que habita  
los parajes encumbrados de tu pueblo  
se abultan en la gracia de tu sonrisa  
cuando tus ojos  
lumbre y agua de luz, me miran  
y tus manos, palomas al viento  
celebran mi llegada.

Niño del fuego bárbaro  
que mora en la cima del mudo  
y en el vasto y abrupto reino  
de la Madre Sierra  
muéstrame el camino  
oh, niño de los pies ligeros  
que bailas donde el río deshielado  
corre contigo detrás de tus pasos  
y juega a propagar las notas de tu risa.

## **Mi gente toma la sombra**

se tira boca arriba sobre la tierra caliente al amparo  
de un árbol centenario  
y abre la ventana del infinito, adivinándolo.

Allí la paz desconocida de los planetas,  
la exorbitante invisibilidad del universo  
y esto, la concurrida pequeñez, el garabato del hormiguero  
con su destino del orden y su vocación del caos  
se vuelve el eco nomás.

### **A falta de colinas verdes**

mi gente contempla el cielo desnudo de la estepa  
y las arenas se estiran y se contraen con una danza serpentera.

Ignoramos íntegras las bondades del paraíso  
nada sabe del edén la turba sedienta que somos  
el edén es siempre de otros.

Arde el páramo en un torrente de fuego  
y nosotros, hartos de sedes y sudores, nos tiramos boca arriba  
nos damos, como un hijo en el regazo de la madre  
al único, modesto, consuelo de la sombra.

## **Somos raza de nostalgia perseguida**

ninguna ternura es bastante para la sed demorada  
siglos de ternura tráfuga  
violentos de ternura como somos.

Y esta llaga, que no soporta ni ráfaga de nube, ni una lágrima  
se ha vuelto indoblegable, el alma levantada  
como quien es fusilado mil veces  
y resucita siempre al idéntico destino.



# Las mujeres del desierto

## **Las mujeres del desierto**

sus manos oscuras    invencibles  
la piel curtida        los ojos mansos  
                                  incrédulos y sabios.

Templadas al filo de un sol que brama, riegan sus tiestos  
y después se marchitan de pie en su tradición estoica de la firmeza  
                                  plenas.

Los hombres se han olvidado de amarlas  
hoscos en su reconversión hacia una largamente contenida  
femineidad.  
¡Qué rabia de los hombres y ellas qué libres  
en la incorruptible virtud!

Se han alzado del desprecio secular y del olvido  
van del luto de sus muertos a la flor del barro  
y a su perfume de llovizna a pesar de todo  
y de su dolor a la ternura de su fortaleza  
poderosas en el amor, enormes ante el devalúo.

## **Las mujeres del desierto se dan a la ternura del vergel**

y esperan  
no por el candor en la obligación de la dicha  
sino por la sobriedad de su modestia.

Del otro lado del río nadie es tan diligente en su virtud.

Se dan a la esperanza en un hilo de agua, sobrepuestas a sus añicos  
con tal de resucitar la tierra de sus tiestos  
de resucitar.

Se dan a la resurrección de cualquier cosa  
de la secura del suelo, del gato, del rosal o de los hombres

y al cabo de la redención  
que brota bajo sus huellas por una ruta sembrada de boñigas  
el abono del camino hacia su libertad  
ellas son las florecidas.

## **Me miran sin asombro**

parezco de su estatura, pero ellas son gigantes  
su manto es infinito, ¡si solo con mirar te arropan!

Contemplo su sonrisa detrás de la que se esconde el sol  
acercó mi alma en silencio al fuego de su ternura  
y me siento entibiada a su cobijo  
hermanada en su bondad de tierra  
que empuja las flores a la luz  
y a ciegas  
por amor  
las alimenta.

## **En bolsitas de colores**

absorben, resignadas  
el horrendo líquido por las venas.

Cubierta la cabeza calva  
con turbantes inesperados  
ellas revelan un semblante sutil  
un extraño sosiego.

Si se miran, se vuelven una en la sentencia  
y lúcidas y tristes, se aquietan.  
Hablar entre ellas sin peso y sin pena  
les brinda un vago consuelo  
y sonríen entre ellas, ligeras y valientes  
como si quisieran entre todas espantar sus sombras.

No termina de ser noche o ser de día  
todo el tiempo es mar oscuro  
las horas son un espinero que atraviesan  
con la espalda desnuda  
en un alta mar de noviembre.

Serán puramente vivas a lo alto, a lo profundo  
o morirán de pie como las ramas de los árboles desecados  
que sostienen y entreveran la luz de las estrellas en la madrugada.

## **Mujer inmortal, tu sombra se alarga**

como la propia indolencia que fuera tu testigo.

Mujer, temple de ónix en un atole de morbidez  
asfixiada bajo los hilachos del garrero ensangrentado.

Te yergues desde la muerte, libre a pesar de todo  
y no se apagan tu temple y tus lágrimas  
el temple tuyo, ahora inmenso ante la impudicia.

Te alzarás de pie y de frente, en alto  
contra el hervidero de rodillas  
esta turba sin ojos y sin voz ante el oprobio.

Mujer valiente (como ningún hombre ya, ¡ninguno!)  
forjada bajo el infame sol del desierto y el odio de los hombres  
sigues viva a pesar de las sierpes que asechan en la turbiedad  
y que, a falta de juicio o de talentos, recurren a la muerte  
como si a fuerza de emplearla pudieran ser inmunes cuando llegue  
como siempre llega, *ese* día.

(¿A qué sabrá su pan?, ¿qué milagros les hará su dios?  
¿cuál será, en el momento supremo, el mérito de su victoria?)

## II

Supuras por una grieta, ahora inmensa  
hermanada en la llaga de las almas  
que duermen sin nombre y sin rostro  
en nombre de quién sabe qué furtivos acreditados en la perversidad.

Toda causa de mujer será tu causa  
toda impotencia en procesión  
con los amados nombres en alto a las puertas de la hipocresía  
será tu propia impotencia como un alarido.

Haciendo brillar la vigía en hilera de tus flamas  
evidencias la sin alma de un mundo inmundo afuera  
y pones de manifiesto, puertas adentro, nuestra sin alma.

# La ruidosa demasía

## **Somos ruidosos**

con ruido de no saber que es el nuestro.

Hacemos ruido embravecidos  
locos de no entender cuáles silencios  
locos de silencios en la niebla.  
Hacemos ruido dormidos y despiertos  
ensoberbecidos en el ruido  
y nulificados por él

hacemos ruido como si no hubiera tiempo suficiente  
para llenarlo de ruido y de escoria  
hacemos ruido con la boca y con los ojos, con las manos  
con la rabia de no poder hacer más que ruido  
ruido que nulifica y des nombra  
esta magnitud que somos, toda junta:  
la ruidosa demasía.

**¿Qué quiere a gritos el ruido?**

¿Cuál es su tanto dolor encaballado?

¿A qué este prorrumpir de sus cadenas?

¿A quién le llora el bramar del ruido por la cuesta?

**Nuestra calle del sábado es una sinfonía del barullo.**

Detona el motor de un cachivache  
que taladra y corrompe la tibieza del amanecer.  
Bufan los bólidos frente a la paz de los portales  
y aviones, avionetas y helicópteros sobrevuelan  
rosando las techumbres  
llevando a cabo ineficaces escrutinios  
y otros más aireando su poder

la sensación dominante del arriba  
del Ruido que apaga todos los ruidos  
del que llega más hondo en el abuso  
y reafirma su hombría aullando en alto  
golpeándose el pecho con ambas manos.

**Camino por las calles exánimes**, el ruido abatiéndose a sí mismo  
y los viejos autobuses en su reino de la estridencia y la dislocación.  
Las paredes, con su lodo del tiempo d e s d i b u j a d o  
los turbios escondrijos y los callejones tomados por los vándalos  
y yo de pie en sus centros.

Flota el aire requemado por la armazón de las calles  
profundamente muertas y vueltas a erigir cada día en su cadáver  
bajo este sol que se desploma sobre el asfalto y divide las aceras  
en sombra      o en infierno  
en vida          o carbones incendiarios.

# El alma del Septentrión

## **El alma del Septentrión se deja caer**

para beber del flujo

en

el

hi

lo

de

las

cas

ca

das.

Una vez el alma llena, se volatiza sobre el espinazo de la arboleda que, desprovista de hojas, se yergue como una raíz que quiere nacer desde las nubes.

El

Septentrión

desaparece

para contenerlo todo.

Nada es suyo y nosotros allá

sobre el asfalto

solos de todos hacia todas partes

en otro viento y otro destino

de filas

y sumideros

ajenos

a la soberbia

de su esplendidez.

## **De otros el arroj**

esta ciudad triste y foránea  
el sudario de sus calles  
su tropel revuelto en la masa de los pasos.

De otros la magia y la belleza  
la vida y la paz son de los otros  
nosotros permanecemos detrás del dedo índice en la boca.

Es el zumbido nuestro de la íntegra aquiescencia  
la vileza en el silencio, la infamia: matriarca pintorreada.

Nosotros allí  
acá la afluencia del mundo remoto  
nosotros sosteniendo las apreturas  
de esta legión sin descanso de la pena  
taimados y en la misma encrucijada:  
arrodillarse o vivir.

Y nos entregamos a la disoluta coquetería de las esperanzas.  
Ellas, ojos de niñas con delantal, saludan risueñas.  
Abrimos los aleros y ellas agitan sus alas  
y salvajes y tiranas empujan y arrastran al bulto empedernido  
y creemos por el vicio de creer o por el terror de darnos por  
enterados  
con esta mojígata fe a la que se encomienda el ladrón  
la  
desbocada  
fe  
del condenado.

**Vive ahí la tierra solitaria**

en las zarpas de una guerra fraticida  
esta nueva guerra despaisanada  
    el hermano vil contra los suyos  
la guerra purulenta  
corrompida humanidad  
desquiciada, turbia  
asfixiada en su minusculinidad.

Tierra de nadie entre los dedos  
omniprófuga, omnilúmina  
tierra de los senderos arrebatados  
que ya no verdean en los maizales  
y ya no temen a la avaricia del cuervo  
ni a sus ojos diablos.

El Septentrión se yergue con la frente impía  
y atraviesa la oquedad de las montañas  
que guardan el eco del llanto por las hijas infamadas  
invisibles hijas del desierto  
en nombre de todos sin patria y sin nombre  
dolor apátrida, pus de Matria, huesos bajo la arena.

**El Septentrión** camina sobre los horribidos días de su leyenda:  
los hijos del terror, las hijas de la ultranza  
la sombra a la que han sido conminadas  
el albedrío extinto y la vergüenza en los días de la masa muda  
masa aterrada, desterrada, esa leyenda.

Y estamos en él, pero no mucho ni todos.  
¿Hay alguien detrás de los postigos?  
¿O qué hay?

Sumidos en el retumbar de nuestros pasos  
que como un enloquecido tropel ocultan el espanto de la nada  
(mejor si no se ve  
si no se llama por su nombre verdadero)  
temerosos unos de otros por las harturas de las avenidas  
así nos hallamos, envenenados pero mudos en el avispero del ningunaje.



**Somos lumbre en el fervor de la inconsciencia**

silencio en la magulladura, manos y voluntad entorpecidas  
voces al viento del olvido, echadas por la cuesta  
voces ciegas sin dios que venga y lo vea.

Somos el gigante, los gusanos por debajo del pedregal  
y la nada en llagas detrás del mutismo  
somos la resignación cucarachenta del cardumen  
blasfema resignación.

Somos esta grandilocuencia enmascarada  
oculta en una identidad que ya no somos  
ni valientes, nobles ni leales  
ya no lo somos.

## **En un mar de pavesas**

hemos soterrado esto vil que nos inquieta: los muertos de nadie  
el dolor, la dignidad de nadie.

El Septentrión en pena se alza en su llanto de padre deshonrado  
y muere en llamas de la tarde por el quiebre de las montañas.

.

Este hervidero que somos, ajenos a su portento  
se refugia en la apatía del alma

nada nos atañe, nadie

y el éxodo moral aumenta su legión de la inconsciencia.

El Septentrión lame las grietas del suelo en el que yacen sus caídos  
ningún hombre en el nombre de todos, nosotros todos  
los hombres del niunerío.

**Así pagamos a la mezquindad**, esta manada perversa  
temerosos de la triste libertad que nos concede la tropa victimaria.  
Y ante el vértigo de esta grandeza leal y noble y dormida  
que nadie sabe cómo despertar  
vivimos de rodillas en el hormiguero.

Y somos el ningunal, el niunísono  
silencio plagado de sangre y rescoldos encochambrados de piel  
ariscos de miedo y conformidad  
sin luchar  
para siempre el ningunero  
¡Sin luchar!



[www.pech.icm.gob.mx](http://www.pech.icm.gob.mx)

Este libro se terminó de imprimir en el  
segundo semestre del año 2022.

Consta de un tiraje de 300 ejemplares

LITOGRAFÍA imap, S.A. de C.V.  
Av. Octavio Paz No. 185,  
Complejo Industrial Chihuahua.  
Chihuahua, Chih. México  
Tel. (614) 481-01-55  
[www.imapcolor.com](http://www.imapcolor.com)



PRIMERA EDICIÓN  
*AÑO 2022*



## RETRATOS DEL SEPTENTRIÓN

Ama las cumbres y los valles de tu tierra, su cielo calvo y lustroso, un cielo de fuego vivo sobre las pequeñas espaldas de los hombres que lo sobreviven, a quienes delega su fuerza este sol, el ímpetu de una templanza de acero para bien y para mal, que algunas, pocas veces, engendra hombres violentos (pero faltos de bravura) y a veces, muchas veces, en la gente que despunta con el amanecer en busca de la dignidad de los días.

Esa gente, que despierta a pie con el sol auestas, recorre las calles de la ciudad con la primera luz que se posa sobre las cúpulas de sus iglesias, sobre las bardas que florecen de buganvillas y sobre los viejos escombros que cubren su risa desdentada con ramas y grafitis.

RENÉE NEVÁREZ

